

Reformando la España de después de la crisis

Silvia Montero Ramos

>> La crisis económica ha golpeado España con fuerza, metiéndola en una profunda recesión. La gran pregunta es saber cómo ésta afectará a largo plazo a la presencia internacional española. Los jóvenes de hoy van a heredar un país debilitado por la mala gestión de las políticas, tanto de izquierdas como de derechas. Mi generación tendrá que recoger todas las piezas y buscar el lugar que le corresponde a España en un mundo cambiante en el que el poder se aleja de Europa.

España se encuentra inmersa en una triple lucha. En el ámbito nacional, ha de recuperarse tanto económica como políticamente; en el plano regional, tiene que redefinir el papel que le toca jugar en el contexto de una Unión Europea en declive; y, por último, en el espacio mundial, debe encontrar su camino como potencia media en un mundo renovado con la llegada de nuevas potencias. Para hacer frente a tales desafíos, es necesario establecer ciertos principios acerca de lo que significa ser hoy una potencia media.

¿Acaso la crisis hace necesario concentrarse sólo en un cierto número de asuntos y de regiones? O, de lo contrario, ¿deberían ampliarse los horizontes? ¿Obliga la crisis a canalizar los intereses globales a través de la UE? O, dadas las diferencias existentes con Alemania, ¿le convendría mejor a España diversificar y desencadenarse de la alianza franco-alemana?

Por último, ¿qué hay del equilibrio entre intereses y valores? ¿Sería mejor seguir a los cuatro grandes europeos, movidos principalmente por intereses, o a los exitosos países nórdicos cuyo sistema de valores es elogiado por todo el mundo?

CLAVES

- España tiene que redefinir su papel en la Unión Europea y encontrar su lugar en el nuevo orden mundial.
- La crisis ha tenido consecuencias muy negativas para España y el país necesita recuperarse tanto económica como políticamente.
- La actual ola de cambio en Oriente Medio y el Norte de África se presenta como una gran oportunidad para que España guíe y lidere la respuesta europea en el Mediterráneo.

El año pasado FRIDE convocó un concurso en el que se pedía a jóvenes españoles que reflexionaran sobre el papel internacional de España tras la crisis. Este ensayo fue elegido como ganador.

»»»»» UNA DURA CRISIS

La crisis ha tenido consecuencias muy negativas en la economía española. Alimentado por el estallido de la burbuja inmobiliaria, el desempleo ha aumentado de un 8,3% en 2007 a un 21,3% (4,9 millones de personas) hoy en día, porcentaje que dobla la media de desempleo de la Eurozona (9,9% en abril de 2011). Asimismo, el déficit de la balanza de pagos se sitúa en los cuatro mil millones de euros, el segundo más alto después de Francia. Por último, el volumen de la inversión extranjera en nuestro país se ha reducido a la mitad desde que se iniciara la crisis.

El Gobierno español ha sido muy criticado por su lentitud en responder a la crisis. En el aspecto económico, la reacción del Ejecutivo se ha traducido en una serie de medidas anticrisis aprobadas tardíamente y que incluían controvertidas reformas en las pensiones y en el mercado laboral. Las primeras medidas de austeridad anunciadas en 2010 incluyeron recortes en los salarios de los funcionarios y en los gastos públicos en infraestructuras, así como la supresión del *cheque bebé*. Por su parte, el paquete aprobado a finales de año comprendía descuentos fiscales para las pymes, el aumento de los impuestos del tabaco, la privatización parcial de la gestión de los aeropuertos y la supresión de los beneficios para los parados de larga duración. Pero, sin duda, la medida que más controversia suscitó fue el retraso de la edad de jubilación de los 65 a los 67 años. Aunque la mayoría de la población no está de acuerdo con esta política (según una encuesta reciente del Eurobarómetro sólo el 10% de los españoles confía en las medidas de austeridad adoptadas por el Ejecutivo), la Unión Europea ha respaldado el plan del Estado español. Unos meses después de haber entrado en vigor dichos cambios, sus frutos todavía están por llegar. Aunque quizás sea pronto para valorar su efectividad real.

Por otra parte, durante los últimos años España ha vivido una época de amargos debates políticos. En lugar de formar un frente unido ante la crisis, los partidos políticos se han dedicado a seguir sus propias agendas, las cuales han consistido funda-

mentalmente en desacreditar al contrario. Por un lado, los partidos en la oposición han basado sus programas en una crítica constante hacia las acciones emprendidas por el Gobierno sin ofrecer ningún programa alternativo; y el Ejecutivo ha entrado con frecuencia en el mismo juego de descrédito hacia la oposición. La campaña electoral para las elecciones de mayo se convirtió así en un foro donde cada partido buscaba socavar la credibilidad del adversario en lugar de proponer programas factibles. En una situación como la que está atravesando España, unidad y esfuerzo colectivo son clave no sólo para superar los desafíos internos, sino para proyectar una imagen fiable en el exterior.

EN BUSCA DE UN LUGAR

Si bien la política exterior española con el presidente Aznar se podría calificar de *atlántica*, el Gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero ha pasado a ser más eurocéntrico, con España uniéndose a Francia y Alemania. Si se tienen en cuenta la proximidad y los lazos históricos, estos dos países podrían ser los *aliados* naturales más cercanos, y en particular Francia, con quien existe una estrecha cooperación en materia policial y de lucha contra el terrorismo. Sin embargo, ciertas discrepancias han surgido últimamente, en especial con Alemania, en torno, por ejemplo, a las diferentes opiniones respecto a la integración de Turquía en la UE que tienen ambos países.

Pero, a pesar de la reciente visibilidad exterior francesa y de la fortaleza económica alemana, la UE en su conjunto está en declive. Según el último informe cuatrimestral del Banco Mundial, se prevé que el PIB de China crezca un 9,3% en 2011 y un 8,6% en el caso de India, mientras que el crecimiento del PIB de la Unión no alcanzará el 2%. Además de los reveses económicos, el proyecto europeo también parece resquebrajarse en términos políticos y sociales. En el plano político, los intereses propios de cada país y sus agendas internas importan más que el deseo por construir un bloque europeo inclusivo que pueda llamarse propiamente unión. En política exterior, Bruselas también ha

fallado a la hora de hablar con una sola voz. La creación del puesto de Alto Representante para la Política Exterior y de Seguridad Común pretendía dotar a los Veintisiete de una única imagen exterior que la representase en los foros mundiales. La intervención aliada en Libia es el ejemplo más reciente en el que cada país europeo ha decidido individualmente participar o no.

En cuanto al plano social, tradicionalmente se ha alabado a Europa por sus valores sociales, incluyendo el respeto a la diversidad y la solidaridad. Algo especialmente cierto en los países nórdicos, cuyo sistema de valores siempre se ha considerado un ejemplo a seguir. Sin embargo, tal alabanza está hoy en día en entredicho. Durante los últi-

mos años, Europa, y los países nórdicos en particular, están experimentando un auge de tendencias xenóforas y populistas que están poniendo en peligro el acervo social comunitario. Partidos de extrema derecha en Suecia, Finlandia y

Dinamarca han ganado un importante número de escaños en sus respectivas elecciones parlamentarias. Aún más reciente es la pérdida del sentido de solidaridad europeo que se ha reflejado en el cierre de la frontera entre Francia e Italia y en el debate sobre la reforma del espacio Schengen. Hasta cierto punto España es una excepción a estas tendencias negativas, pero el actual estado de debate en nuestro país nos hace plantearnos si estos niveles de tolerancia continuarán o no.

¿QUÉ PAPEL EN EL MUNDO?

Ante este escenario, ¿cómo debe actuar España para conservar su influencia internacional en época de austeridad? El mundo se encuentra en un proceso de cambio con los países emergentes llegando con fuerza tanto en términos económico como políticos. El ascenso de estos Estados podría producirse en detrimento de Occidente, en parti-

cular de la UE cuya crisis interna está perjudicando su imagen exterior. Desde que Zapatero llegara a La Moncloa, el principal objetivo de la política exterior española ha sido obtener una mayor visibilidad en el contexto mundial. Esta finalidad se ha conseguido, al menos parcialmente, pues España ha logrado ser invitada con relativa continuidad a cumbres internacionales como el G20. Su participación en dicha reunión se ha consolidado desde la primera participación del presidente español en la reunión celebrada en Washington en 2008.

Pero, aparte del G20 la relevancia española respecto a los asuntos mundiales no ha sido especialmente importante. Al contrario, en términos generales se podría decir que la política exterior española se ha contraído, concentrándose únicamente en ciertas áreas. El gasto militar ha caído un 5,9% desde que se iniciara la crisis, mientras que otros países, como Brasil o China han aumentado dicho gasto. La capacidad y la actividad diplomática españolas han seguido, por su parte el cauce de años anteriores. Así, a pesar de un aumento del interés hacia la zona de Asia-Pacífico, el programa exterior español apenas se ha alterado. Más aún, España no ha sabido aprovechar las oportunidades que se le han presentado, como en el caso del Sáhara Occidental, refugiándose de una manera pasiva bajo el paraguas de la diplomacia comunitaria.

En este sentido, la actual ola de cambio que recorre los países de Oriente Medio y el Norte de África ofrece una gran oportunidad para España. Hasta ahora ésta ha seguido la estela de la UE: falta de reacción inicial sucedida de una tímida actuación posterior. Aunque los acontecimientos cogieran a todo el mundo por sorpresa, es precisamente en esas ocasiones cuando un país o una organización regional debe mostrar su capacidad para tomar decisiones y responder a los retos que se presentan. La resolución 1973 adoptada por el Consejo de Seguridad de la ONU permitía la creación de una zona de exclusión aérea sobre Libia, llevada a cabo por una coalición internacional en la que España participa. Evidentemente, cualquier intervención implica ciertos riesgos, pero la

España necesita forjar su posición en el nuevo orden mundial

»»»»» resolución positiva del conflicto podría terminar beneficiando la imagen global española. Sin embargo, su papel en dicha operación se limita solo a dar soporte operacional.

Aún más importante, la proximidad geográfica, junto con los lazos históricos existentes entre las dos orillas del Mediterráneo, convierten a España en el candidato perfecto para guiar y liderar la respuesta europea a los acontecimientos que se están produciendo en su vecindario sur. España cuenta además con el valor añadido de haber experimentado, no hace tanto tiempo, una exitosa transición de una dictadura a un sistema democrático. Obviamente, cada país debe encontrar su propio modelo de transición, pero el éxito español podría funcionar como una especie de referente para las sociedades de estos Estados. Una acción muy positiva fue el viaje de Zapatero a Túnez siendo el primer dirigente occidental en visitar el país tras la caída de Ben Alí. Pero, para ganarse la confianza de éstos países España tiene que transformar los gestos en hechos. Para ello, los académicos y expertos españoles aquí y en el terreno podrían ser de gran ayuda, ya que sus análisis y recomendaciones resultarían muy útiles para definir políticas apropiadas que se alejen de los dobles raseros que tradicionalmente han acompañado las actuaciones occidentales respecto a los países árabes.

ASENTARSE COMO POTENCIA MEDIA: ALGUNAS RECOMENDACIONES

¿Qué puede hacer nuestro país para mejorar sus perspectivas de futuro? La recuperación económica es una de las condiciones previas para mejorar también en el plano político. Al mismo tiempo, España necesita forjar su posición en el nuevo orden mundial. Pero, ¿cómo?

1) Replantarse sus objetivos geoestratégicos. El nuevo contexto mundial requiere cambiar la prioridad hacia áreas que tradicionalmente han ocupado un lugar secundario en la agenda exterior española. Para convertirse en un actor relevante en el plano internacional, España necesita reforzar sus lazos con las potencias emergentes. Estos países no

sólo están llamados a jugar un papel crucial en el futuro de las relaciones internacionales, sino que también pueden ayudar a la recuperación económica española. Establecer intercambios culturales y comerciales, así como afianzar la presencia de compañías españolas en la región, en especial en China e India, son herramientas esenciales para crear alianzas que podrían ser muy beneficiosas para los intereses españoles. Desde el punto de vista cultural, el éxito del pabellón de España en la Exposición Universal de Shanghai el año pasado muestra el interés que despierta lo español entre el público asiático. Por otra parte, China ha sido un socio económico importante al contribuir al rescate de entidades en riesgo en nuestro país. La presencia de Zapatero en el foro de Boao (el equivalente asiático de Davos) el pasado mes de abril, es un signo positivo que muestra ese nuevo enfoque de la política exterior española.

Sin embargo, incorporar nuevas zonas de interés no debería significar desatender áreas tradicionalmente prioritarias. América Latina ha de continuar como área prioritaria, si bien con particular atención hacia Brasil, uno de los BRIC. Igualmente, y considerando los cambios que se están produciendo en el mundo árabe, esta región debe ser también un objetivo estratégico de nuestra política exterior. Como ya se ha mencionado, España se encuentra en una posición privilegiada para poder actuar como puente entre el norte y el sur del Mediterráneo. Por ello, debería sacar ventaja de dicha posición y de su propia experiencia para plantear y promover iniciativas que vayan más allá de Barcelona -Unión por el Mediterráneo- y que sirvan como acompañamiento eficaz a los procesos de transición en el mundo árabe.

2) Cooperación Internacional y Ayuda al Desarrollo. Este ha sido uno de los pilares básicos de la política exterior española, desarrollado fundamentalmente en África y ciertos países de América Latina. La complejidad del contexto internacional y la crisis interna exigen, más que nunca, la puesta en marcha de políticas efectivas que aúnen rigidez presupuestaria y resultados óptimos. Por otra parte, España debe implementar una cooperación que no tome únicamente la forma de ayuda financiera sino

que contribuya a la dotación de capacidades humanas e institucionales sobre el terreno. Tal cooperación es de vital importancia si se quiere fomentar una visión positiva de nuestro país alejada de patrones neocolonialistas que tanto daño han hecho a los países donantes como receptores de la ayuda.

3) Seguir apostando por el proyecto europeo. La percepción del declive europeo puede ser errónea ya que el proyecto comunitario sigue aún en construcción. La posición española dentro de la UE se ha visto igualmente menguada, como consecuencia, entre otras, del impacto de la crisis y de la pérdida de la credibilidad económica de nuestro país. De nuevo, si bien la recuperación económica es imprescindible, para poder consolidarse dentro de la Unión, España debe potenciar y sacar partido de aquellos aspectos en los que cuenta con una posición ventajosa, como lo son América Latina y la región de Oriente Medio y Norte de África.

4) Reforma de la diplomacia española. Tal reforma implica remodelar el servicio exterior español y supone la promoción de un nuevo modelo de diplomacia pública y cultural. Todo esto ha sido objeto de debate durante los últimos años, dada la politización existente en ciertas embajadas de las llamadas *estratégicas* donde el puesto es otorgado *a dedo* en lugar de accederse a él como diplomático *de carrera*. Si se tiene en cuenta que el acceso a la carrera diplomática ya implica una elevada preparación tanto académica como profesional, se entiende que el diplomático de carrera debería contar con la formación adecuada para desempeñar su oficio. España tendría que preocuparse de formar un cuerpo de funcionarios exterior preparado y capaz de llevar a cabo con éxito su función sea cual sea el destino. Nuestro país debería también promover su presencia en el extranjero a través de una potente diplomacia pública y cultural, que requiere una coordinación total entre las diferentes instancias del Gobierno con proyección exterior.

5) Definir posturas y principios. Consolidarse en el contexto global implica tener unos principios claros sobre los que apoyarse en el ejercicio de la política exterior. También es necesario asu-

mir riesgos y tomar posiciones cuando la situación así lo requiera, aunque sin olvidarse del sistema de valores (modelo nórdico). En este sentido, el Gobierno de Zapatero se ha mostrado contundente en su oposición a la pena de muerte y en su compromiso de luchar por la abolición de la misma. El presidente español también ha defendido el diálogo entre culturas a través de la iniciativa de la Alianza de Civilizaciones. Sin embargo, le ha faltado determinación a la hora de afrontar ciertas cuestiones relacionadas con los valores que supone defender, como ocurre con la cuestión del Sáhara Occidental. Así pues, para convertirse en un actor creíble y evitar dobles raseros, España tendría que mantenerse firme al tratar asuntos que impliquen los valores que defiende. Dicha firmeza y resolución con la defensa de un sistema claro de valores, es el mejor signo de fuerza en un mundo en el que Occidente está perdiendo su legitimidad como defensor de ciertos principios.

En resumen, nuestro país posee las herramientas necesarias para desempeñar un papel relevante en el cambiante mundo que vivimos hoy. La recuperación económica es clave pero no suficiente. En el actual contexto mundial España no puede quedarse al margen ni de Europa ni del resto del mundo. Tras décadas de aislamiento, los brillantes líderes de la generación anterior consiguieron volver a poner al país en la arena política internacional. Pero los retos que plantean los cambios en el mundo actual requieren una revisión de las políticas del pasado para que se puedan adaptar al presente. La generación de jóvenes españoles, la mía, es la que va a sufrir las consecuencias de los errores de las élites. Pero los jóvenes tenemos a nuestra disposición no sólo la experiencia internacional sino poderosas tecnologías para poder llevar tal renovación a cabo.

Silvia Montero es Ayudante de Investigación en el Real Instituto Elcano.

**e-mail: fride@fride.org
www.fride.org**